



fundación

Ramón y Katia Acín

90 años del asesinato de Ramón Acín y Conchita Monrás



Hoy, día 6 de agosto de 2026 se cumple el triste 90 aniversario del fusilamiento perpetrado por hordas falangistas tras la sublevación fascista contra la legítima y democrática II República española. En esa fatídica noche fue también fusilado el albañil Isidro Calvo López, de Loscorrales, municipio de la Hoya de Huesca. Era el principio de un plan diseñado para crear terror a la par de acabar con personajes de relevancia. Conchita, apresada el mismo día 6 de agosto, sería también asesinada el 23 de agosto junto a casi un centenar de presas y presos de la cárcel oscense..

En memoria de Ramón Acín

Rafael Sánchez Ventura. Revista Aragón, México. Nº 2. Enero 1944. Pg. 3. Id FRKA: n135

Rafael Sánchez Ventura, íntimo amigo de Ramón Acín y Conchita Monrás, catedrático, museógrafo, diplomático y activo republicano escribe este homenaje a sus amigos en el segundo número de la revista Aragón en el exilio mexicano

Entre los asesinatos que, por cientos de miles, han cometido las jaurías falangistas, monárquicas y clericales, al servicio de Hitler en España, hay algunos ¡muchos!, especialmente inexplicables en su inutilidad política y que, por eso mismo, nos dan idea de la infinita capacidad del hombre, cuando un fanatismo interesado le envenena, para los crímenes más inverosímiles y monstruosos.

Así las muertes fríamente ordenadas, como “medida de precaución” de hombres cuya actividad política, nula o adjetiva, por ningún concepto podía significarles el menor indicio de peligrosidad.

Y en España han caído, sin más ni más, miles, muchos miles, de este modo. Por más amigos y significativos, recuerdo ahora los nombre de García Lorca, Leopoldo Alas (el rector de la Universidad asturiana, inmolado por el odio que aún inspiraba al beaterio ovetense la memoria de su ilustre padre, a causa de *La Regenta*), Salvador Vila (joven rector de la Universidad de Granada, distinguido arabista, siempre ensimismado en sus estudios y sin actuación pública ¡ni siquiera por parte de padre! que haga concebible su fusilamiento), los hermanos José María y Augusto Muniesa (profesores de la Facultad de Medicina de Zaragoza, culpables, el uno de su relación con Marcelino Domingo, y el otro de su consanguinidad con el delincuente principal), Ramón Acín...

Con angustiosa dificultad obedezco al requerimiento de los queridos editores de *ARAGON*, quienes me piden una línea *in memoriam* del entrañable amigo sacrificado. Creen que aquella amistad nuestra hace que sea yo el más apto para evocar la nobilísima, aragonesísima e interesantísima figura de Ramón Acín. Pero no se engañan, pues los siete años transcurridos no han serenado todavía los recuerdos, como sería preciso para poder hacerlo, y sigue en carne viva el sentimiento de doloroso estupor y cólera frenética, que sólo podrá calmarse cuando deje de ser impotente.

Ni intentaré, siquiera, la semblanza. ¿De dónde voy a sacar el desapasionamiento crítico, la medida y hasta el humor que necesitaría para disciplinar, seleccionar y matizar los recuerdos, aderezar las anécdotas e incrustar los detalles pintorescos que se me agolpan con imperiosa emoción a borbotones?

Además, lo que en otro pudiera estar bien, en mí sería miserable frivolidad ponerme a discurrir académicamente sobre la personalidad y las facultades extraordinarias (y hasta qué punto lograron o no), de Ramón Acín, como escritor de raza, como pintor, escultor, arquitecto, humorista del trazo y de la frase, como pedagogo... o como hombre de ideas que jamás las tuvo en contradicción con su conducta y que arrostró, con magnífica entereza, sin flaquear nunca, destierros, persecuciones, cárceles, y al final, el martirio y la muerte, dechado heroico, síntesis suprema de las virtudes todas de su hermosa vida.



Revista Aragón. Rafael Sánchez Ventura. Enero 1944



Tampoco me es fácil referirme a su mejor obra, a la intimidad de aquel hogar, ejemplo emocionante de armonía, de elevación, de belleza, donde todo adquiría dignidad y gracia; aquel hogar de Huesca, que también fue mío, instalado en señorial casona de anchas estancias repletas de cuadros, esculturas, estampas, viejos muebles y libros, objetos múltiples de exquisito arte popular, conseguidos al cabo de los años en incesantes correrías que hicimos juntos por tantos y tantos lugares; aquel hogar animado por la inteligente alegría de Conchita Monrás, la tierna compañera de Ramón, a él identificada con orgulloso amor, iluminado por el radiante hechizo de las dos niñas, a tono ambas en hermosura y precoz sensibilidad e inteligencia con el ambiente de la casa; aquel hogar a todos abierto, donde el pobre tenía puesto franco en la mesa, enseñanza cordial de música y dibujo en la Academia, acogida de incondicional amistad siempre y al que, por



una tolerancia insensatamente bondadosa, que acaloró más de una discusión entre nosotros, tenían afectuoso acceso muchos indeseables reaccionarios, algunos canónigos y magistrados, que participaron en el doble asesinato o aplaudieron luego hasta la espeluznante saña indescriptible, de característica filiación franquista, con que fue perpetrado.

Matar ¡y matar como le mataron! a un hombre como Ramón Acín, cuyo único defecto fue su bondad (excesiva bondad, no controlada, que siempre dominó despóticamente su inteligencia, y hasta la nubló a veces haciéndole incurrir en sensibles contradicciones; insumisa bondad en acción constante, que los más berroqueños reaccionarios se veían obligados a reconocer, aunque manifestando, en anticipada justificación de su premeditado crimen, que esa misma bondad era el peor enemigo para ellos porque su escandalosa ejemplaridad desmentía las doctrinas de la gente de orden), matar a un hombre como Ramón Acín, y matarlo en Huesca en su *Huesqueta* del alma que nadie quiso tanto como él (tanto la quiso que hasta, yo puedo afirmarlo, murió por amor a ella: recuerdo encendidamente unas letras que me escribió a Madrid en julio de 1936, diciendo que retrasaba su partida veraniega —iba a ser en la Poble de Montornés, un lugar en la costa de Tarragona— “porque da mucha pereza irse de Huesca”), matar a un hombre como Ramón Acín y matar a una mujer como su Conchita, la pareja de más altura moral e intelectual que tenía la ciudad, y matarles con tal escarnio y ferocidad, expresa la índole del régimen que impone como sistema semejantes procedimientos, y los instintos de sus partidarios, con demasiada claridad para que sea lícito, cerrando los ojos ante la repetición inacabable de hechos parecidos, pensar seriamente en otra cosa que no sea la lucha a muerte contra lo que eso representa, en cualquier sitio y forma que se presente. ■

Ramón Acín, Conchita Monrás y Rafael Sánchez Ventura con los niños, Katia y Sol Acín y José M^a Monrás, en la playa de Torredembarra.



Ramón Acín.

Manuel Buenacasa. Figuras ejemplares que conocí. El movimiento obrero español. Historia y crítica. 1886-1926. 1966. Id. i152

Otro gran amigo del pueblo, y, por añadidura, compañero. Cuando alguno de sus amigos acudía a Barcelona allá por los años 1916 a 1918, siempre se me decía lo mismo: «Con las ganas que tiene de conocerte personalmente.» Más grandes debían ser las mías que las suyas, puesto que fui el primero en tomar el tren para Huesca, después de anunciarle mi visita.

A mi llegada hacía unas horas que había recibido mi carta.

Para dar cuanto antes con él, fui a esperarle a la puerta del Instituto Oscense, del que Acín era profesor. Apenas le vi salir me precipité hacia su encuentro.

¿Eres Acín?

El mismo

Nos abrazamos, hasta casi estrujarnos, mientras Ramón me decía:

-- Manolico: eres un tío; ya era hora de que te viera. Vamos a ver a la gente que se alegrará de conocerte.

En un pequeño bar de aspecto muy popular se encontraban cinco o seis compañeros de Ramón tomando el aperitivo.

-Aquí lo tenéis -dijo-. Puesto que es la hora de comer, ya nos encontraremos más tarde.

No habíamos terminado la comida, cuando comenzaron a llegar hasta unos veinte compañeros que en obsequio del forastero habían resuelto no ir al trabajo aquella tarde.

Siempre he recordado con emoción aquel paseo de cuatro o cinco horas invertidas en amigable conversación. Hube por mi parte de satisfacer la curiosidad de aquellos hombres que no cesaban de interrogarme, principalmente sobre las luchas sociales de Cataluña, motivo de anhelante atención de España entera. El más ávido de todos era Acín, pues no me dejaba respirar.

Por lo que él dijo y presentí a mi vez en aquellas conversaciones, me percaté enseguida del influjo moral y espiritual de Ramón en Huesca y su provincia. Era el compañero querido y admirado por todo el pueblo. Muy grande y privilegiada su inteligencia y muy extensa su cultura, pero resaltaba mucho más aún su modestia y su bravura. Lo que más admiraban en él quienes le conocían, que eran muchos, era su valor personal, su desprendimiento, su sencillez y su temple tranquilo.

-Tu conducta -le decían los amigos- te costará por lo menos la pérdida de tu cátedra en el Instituto. ¿Qué te sucederá después?

-¿Y qué queréis que haga un hombre a quien no arredra el trabajo? Pues trabajar como vosotros. No somos los servidores del Estado los que mejor servimos al pueblo; más bien es todo lo contrario.



Después de esta entrevista, Acín me demostró su estima yendo a verme a Barcelona y a Zaragoza cuando sus muchas ocupaciones se lo permitían. Incluso hizo un viaje ex profeso para visitarme en la cárcel de Barcelona a mediados del año 1919..

¿Por qué no dedicar un recuerdo a *Floreal*, periódico de Huesca que fundado y animado por Acín contaba entre los mejores del Movimiento Libertario Español, y a la sección “Florecicas” por él redactada y que constituía un deleite para los lectores de aquella simpática publicación?

Huesca envió a Ramón Acín como delegado al Congreso celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid el año 1919.

La última vez que le vi fue en la ciudad altoaragonesa, con motivo de un mitin pro presos celebrado el 12 de marzo de 1923, o sea, dos días después de haber sido asesinados en Barcelona Salvador Seguí y Francisco Comas.

Me acompañaba en aquella gira de propaganda en calidad de orador el compañero Bruno Lladó de Sabadell.

Llegados a Huesca, a la salida de la estación nos sorprendió la presencia de una gran multitud que nos esperaba con ansiedad.

¿Qué había ocurrido que justificase tal concentración?

Pronto salimos de dudas. Cuando Acín pudo acercarse a nosotros nos expuso la situación.

-Ya sabéis que a causa de la muerte del “Noi” y de Comas declaramos la huelga general. Ahora tenemos que decidir si el acto organizado para hoy ha de celebrarse o suspenderse.

Mientras Acín nos lo decía lloraba, como muchos de los que le rodeaban.

Lladó, llorando también, pues quería a Seguí entrañablemente, respondió que él no podría hablar en el mitin, aunque no se oponía a su celebración. Opiné por mi parte que el mitin debía celebrarse, opinión enseguida aceptada por Ramón y por todos los demás.

La manifestación se puso en marcha hacia el teatro. Su silencio resultaba impresionante. A los pocos minutos el local quedó abarrotado.

Antes de comenzar el acto, el delegado gubernativo manifestó que podía celebrarse, mas con la expresa condición de que no se hablara de la muerte de Seguí.

Acín iba a replicar, pero le hice una seña y dijo por fin al policía:

-Nos sometemos a la decisión del gobernador.

Pero el pueblo se opuso a esa decisión.

-Ramón –le dije al oído-, habla lo que quieras, pero deja lo concerniente al “Noi” para mí.

Pronto me cercioré de la intención del representante de la autoridad: pretendía suspender el mitin. Acín tomó la palabra.



Conforme a lo convenido habló extensamente y con atractiva finura. Se refirió a nuestros presos y a las injusticias que cometen las clases dirigentes. Lo mismo que Costa, combatió el caciquismo económico, moral y político. (Alusión al célebre Bescós, cacique máximo de la región y “republicano” por más señas). Unas simples frases algo aceradas de Acín sobre esto bastaron para que el delegado gubernativo le llamase al orden; pero el pueblo dispuesto a todo, protestó contra la imposición y exigió del presidente del acto no permitiera las interrupciones del delegado de la autoridad.

El discurso de Acín, magnífico en todos sus aspectos, caldeó el ambiente como raras veces lo he presenciado. El público adivinó que el orador se había esforzado en facilitar mi tarea y lo había conseguido.

Así, pues, llegado que fue mi turno hablé de Seguí y me expresé con la indignación que el caso requería, y la apiñada concurrencia escuchó recogida, aunque indignada, mi modesto discurso.

Terminado aquel entusiástico acto, el gobernador civil nos invitó a su despacho para felicitarnos y congratularse del “orden perfecto” con que el mitin se había desarrollado.

Hombre risueño, muy servicial, afable y bondadoso, todo el mundo sabía que Acín no tenía un solo enemigo personal. Sin embargo, fue asesinado fríamente en 1936 por los fascistas, quienes no podían perdonarle su condición de hombre del pueblo ni la amistad que le unió a Fermín Galán y demás participantes en la sublevación de Jaca. Pacífico por temperamento, Acín conspiraba por la libertad de España, en lo cual no hay contradicción. Pero no hay compasión para los más leales servidores de la Humanidad: entienden sus enemigos que hay que eliminarlos como sea.

Siempre ha sido así; y como el culto y sensible Ramón Acín no podía constituir excepción, lo mataron. ■



Manuel Buenacasa Tomeo (1886-1964)

